Meditaciones: domingo de la 3.ª semana del Tiempo Ordinario (ciclo B)

Reflexión para meditar el 3.º domingo del tiempo ordinario. Los temas propuestos son: la conversión de los ninivitas; Jesús cambió la vida de los apóstoles; recordar el impulso de la primera conversión.

- La conversión de los ninivitas.
- Jesús cambió la vida de los apóstoles.

 Recordar el impulso de la primera conversión.

LA PRIMERA lectura relata la misión que recibió Jonás por parte del Señor: «Levántate y vete a Nínive, la gran ciudad, y predícale el mensaje que te digo». Marchó entonces el profeta y comenzó a proclamar: «¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruida!». Los ninivitas supieron acoger las palabras de Jonás y «proclamaron el ayuno y se vistieron de saco». Al ver Dios «su conversión de la mala vida, se compadeció y se arrepintió»: la catástrofe con que había amenazado a Nínive al final no tuvo lugar (cfr. Jon 3, 1-5. 10).

Toda conversión requiere una respuesta libre: el principal interesado en cambiar es uno mismo.

Pero no se trata simplemente de modificar ciertos comportamientos externos, sino que es algo mucho más profundo: implica dejar que sea Dios el centro de la propia vida, y no los modelos del mundo. «Es un cambio decisivo de visión y de actitud. De hecho, el pecado -sobre todo el pecado de la mundanidad, que es como el aire, está por todas partes-trajo al mundo una mentalidad que tiende a la afirmación de uno mismo contra los demás, e incluso contra Dios»^[1]. Los habitantes de Nínive dejaron atrás sus viejas seguridades, aquella perversidad que había llegado hasta la presencia del Señor (cfr. Jon 1,2), y abrazaron el sacrificio y la penitencia para ganarse el favor divino, que no era otro que el de ganar su propia felicidad.

El mensaje que el Señor dirigió a los ninivitas les invitaba a tomar distancia de las realidades mundanas y a reconocer que solo lo que proviene de él puede hacerles dichosos. Acoger esa llamada implica, ante todo, confiar en su palabra, dejarse curar por Dios y abrirnos a su compañía. De este modo, él actúa en nuestros buenos deseos y fortalece nuestros esfuerzos por seguirle. «Para un hijo de Dios comentaba san Josemaría-, cada jornada ha de ser ocasión de renovarse, con la seguridad de que, ayudado por la gracia, llegará al fin del camino, que es el Amor. Por eso, si comienzas y recomienzas, vas bien. Si tienes moral de victoria, si luchas, con el auxilio de Dios, ¡vencerás! ¡No hay dificultad que no puedas superar!»[2].

EL EVANGELIO también nos habla de la invitación de Jesús a una nueva vida. En cuanto supo que Juan había sido arrestado, el Señor se marchó a Galilea a predicar: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está al llegar; convertíos y creed en el Evangelio». Y a continuación, san Marcos relata la vocación de los primeros discípulos: «Mientras pasaba junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, que echaban las redes en el mar, pues eran pescadores. Y les dijo Jesús: "Seguidme y haré que seáis pescadores de hombres"» (Mc 1,14-18).

Cristo es la «gran luz» (Is 9,1) que iluminó a los habitantes de Galilea y a los apóstoles. El fundamento de la conversión y de la vocación de los discípulos es él mismo. Si ahora aquellos hombres han cambiado sus vidas es precisamente porque Jesús les ha llamado. A veces puede parecer imposible «abandonar el camino del pecado porque el compromiso de conversión se centra

solo en uno mismo y en las propias fuerzas, y no en Cristo y su Espíritu. (...) Nuestra fidelidad al Señor no puede reducirse a un esfuerzo personal, sino que debe expresarse en una apertura confiada de corazón y mente para recibir la Buena Nueva de Jesús»^[3].

Los primeros discípulos supieron reconocer en Jesús esa gran luz que iluminaha sus vidas. Ese encuentro transformó la orientación de su futuro. Por eso, «al momento dejaron las redes y le siguieron» (Mt 4,22). Aquello que había sido parte esencial de su día a día –la pesca– queda entonces integrado y supeditado a los planes que el Maestro les confiere. Ciertamente, el Señor no pide a todos los hombres que dejen las redes de esa manera. Sin embargo, toda vocación «es un fenómeno que comunica al trabajo un sentido de misión, que ennoblece y da valor a nuestra existencia. Jesús se mete con

un acto de autoridad en el alma, en la tuya, en la mía: esa es la llamada»^[4].

ABRIR el corazón y responder a la llamada de Dios a la conversión es el primer paso en el camino hacia la santidad. Los apóstoles se decidieron a seguir a Jesús, pero todavía tenían mucho que cambiar en sus vidas. En este sentido, san Josemaría escribió: «La conversión es cosa de un instante; la santificación es tarea para toda la vida. La semilla divina de la caridad, que Dios ha puesto en nuestras almas, aspira a crecer, a manifestarse en obras, a dar frutos que respondan en cada momento a lo que es agradable al Señor. Es indispensable por eso estar dispuestos a recomenzar, a reencontrar -en las nuevas

situaciones de nuestra vida– la luz, el impulso de la primera conversión». [5].

Jesús no nos exige llevar una vida perfecta. Él desea que no nos separemos de él: esa es la raíz de nuestra eficacia, y no tanto la ausencia de debilidades. Por eso, lo decisivo no es no caer nunca, sino querer recomenzar en cada momento y buscar siempre la unión con el Señor. Al reconocer nuestra fragilidad nos conocemos mejor a nosotros mismos y conocemos también la manera de actuar de Dios, que siempre sale de nuevo a nuestro encuentro, y lo hace con especial delicadeza cuando descubrimos y aceptamos nuestros defectos. El recuerdo de nuestra primera llamada, cuando dejamos que Jesús fuese el centro de nuestra vida, nos podrá ayudar cuando nuestros errores quizá sean más evidentes y nos llenen de confusión.

«Recuerda tu Galilea y camina hacia tu Galilea. Es el "lugar" en el que conociste a Jesús en persona; donde él para ti dejó de ser un personaje histórico como otros y se convirtió en la persona más importante de tu vida. No es un Dios lejano, sino el Dios cercano, que te conoce mejor que nadie y te ama más que nadie»[6]. Quizá Pedro, cuando lloró por haber negado tres veces a Jesús, recordó algunos momentos compartidos con él: el día de su llamada, las conversaciones íntimas, la alegría al presenciar los milagros... Y esto fue lo que tal vez le impulsó a no caer en la desesperación y le recordó algo que también nosotros tenemos experimentado: que necesitamos acoger con frecuencia la misericordia divina. En los momentos de dificultad, la Virgen María también nos ayudará a buscar la mirada de su Hijo y a recordar que Dios nos llama siempre.

- ^[1] Francisco, Ángelus, 24-I-2021.
- San Josemaría, *Forja*, n. 751.
- Ela Francisco, Ángelus, 26-I-2020.
- ^[4] San Josemaría, *Carta* 3, n. 9.
- _ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 58.
- Ela Francisco, Homilía, 8-IV-2023.

pdf | Documento generado automáticamente desde https:// opusdei.org/es-es/meditation/ meditaciones-domingo-de-la-3-asemana-del-tiempo-ordinario-ciclo-b/ (14/12/2025)